



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: España y América en el pensamiento de Ramiro de Maeztu

Autor: Zuleta Álvarez, Enrique

Forma sugerida de citar: Zuleta, E. (1999). España y América en el pensamiento de Ramiro de Maeztu. *Cuadernos Americanos*, 2(74), 36-49.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 74, (marzo-abril de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

España y América en el pensamiento de Ramiro de Maeztu

Por *Enrique ZULETA ÁLVAREZ*

*Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo,
Numerario de la Academia Nacional de la Historia, Argentina*

España y el 98

DESPUÉS DE LA EMANCIPACIÓN (1810), las relaciones entre España y los países hispanoamericanos entraron en un largo ocaso. Sumergida en las guerras civiles entre absolutistas y liberales y luego en los sangrientos conflictos ideológicos y dinásticos, España se olvidó de América y en Hispanoamérica se opacó el recuerdo de los lazos políticos, institucionales y culturales que habían durado tres siglos. Se impusieron las formas del liberalismo de cuño francés y anglosajón y a pesar de que la cultura hispánica se mantenía en el idioma, la religión y la tradición institucional y familiar, entre las élites, con la excepción de núcleos donde pervivía la reverencia y el cariño por lo hispánico, se instaló el desdén por el atraso y el dogmatismo de que se acusaba a España.

En los países iberoamericanos no había desaparecido la enemistad provocada por la guerra emancipadora. Pero a mediados del siglo XIX España había logrado tender puentes diplomáticos y culturales bajo la inspiración de algunos intelectuales que superaron el rutinario desinterés español por América, tales como Juan Valera, Emilio Castelar, Benito Pérez Galdós, Marcelino Menéndez y Pelayo, Adolfo Posada y Rafael Altamira, corriente que culminó en 1892 al celebrarse otro centenario del Descubrimiento de América. Por esos años, en el marco de la llamada Restauración, que lideraba Antonio Cánovas del Castillo, a pesar de la tranquilidad política y el auge económico que la misma había logrado en España, las características del liberalismo imperante, que se apoyaba en los acuerdos entre conservadores y liberales, eran las de una democracia ficticia.

Una reacción crítica, política e intelectual, coincidió con la derrota de España en 1898 frente a Estados Unidos, y algunas de sus figuras principales confluyeron en una denominación que los agrupó como el Movimiento y la Generación del 98. Ambos representaron, pues, una crisis en las ideas políticas, sociales y culturales españolas, pero en una etapa difusa y contradictoria, pues sus principales protagonistas mantuvieron actitudes tan diversas que sólo por comodidad didáctica se puede utilizar el rótulo de Generación del 98, que ya ha sido rechazado unánimemente por la crítica más rigurosa.

Pero es innegable que hubo un espíritu, o mejor dicho un talante, desde el cual a veces se planteó una forma nueva de comprender la realidad nacional y que, en ocasiones, significó un cierto rescate de la tradición, la percepción del paisaje, la revalorización de los elementos populares y la apertura a las nuevas corrientes ideológicas de la modernidad.

Este conjunto de ideas se proyectó en Iberoamérica, y sobre todo en la Argentina, donde los escritores del 98 difundían sus ideas a través de sus libros y, sobre todo, en diarios como *La Nación* y *La Prensa*. Las ideas del 98 fueron recibidas por la élite cultural y política argentina y determinaron cambios en el pensamiento político iberoamericano. Personalidades como Manuel Ugarte, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, por ejemplo, asimilaron algunas de las ideas españolas y, de acuerdo con ellas, formularon sus programas de renovación intelectual y política.

El proceso que arranca desde la crisis del 98 provocó el surgimiento de corrientes del liberalismo que impulsaban una mayor democratización de la vida política. Este aspecto es más notable en las ideas de los que se han denominado "descendientes del 98", entre los cuales se puede mencionar a políticos como Manuel Azaña y Luis Araquistain y a filósofos como José Ortega y Gasset.

Se promovió, también, una renovación universitaria en la cual tuvieron actuación destacada juristas e historiadores, como Rafael Altamira y Adolfo Posadas, proceso en el cual se fundó la Universidad de La Plata por Joaquín V. González y, posteriormente, se impulsó, en 1918, la Reforma Universitaria de Córdoba.

Otras tendencias, también originadas en el 98, suscitaron formas restauradoras y conservadoras que se advierten del mismo modo en la vida política y social iberoamericana del siglo xx. El problema consiste, pues, en establecer el sentido y las formas concretas del proceso por el cual las ideas del 98 determinaron cam-

bios en el desarrollo del pensamiento iberoamericano. El estudio del movimiento cultural, político y social de las élites políticas, y las grandes líneas de acción de los partidos, requiere ahondar en el proceso de la recepción de estas ideas, así como en el surgimiento de nuevos paradigmas propios de Iberoamérica.

Será necesario, pues, analizar la política y los movimientos culturales surgidos a partir de la Generación del 98, que representan la modernización progresiva de la vida iberoamericana. Ello sobre la base de la hipótesis de que la crisis política del 98 produjo un juego complejo de interinfluencias ideológicas que establecieron una nueva relación entre el pensamiento y la acción política durante el siglo xx en Iberoamérica.

Ramiro de Maeztu

POR razones históricas, culturales y literarias, las personalidades más relevantes han influido en el desarrollo del pensamiento hispanoamericano, y la ya mencionada Generación del 98 ocupó un lugar central en este proceso de interinfluencias. Uno de los miembros de ese grupo, a pesar de que negaba su pertenencia al mismo, fue Ramiro de Maeztu, en quien nos hemos detenido porque, desde los primeros momentos de su formación, América —la del norte y la hispánica— ocupó un lugar privilegiado en su planteo intelectual.

Ramiro de Maeztu nació en Vitoria el 4 de mayo de 1874, pero su padre, Manuel Maeztu, había nacido en Cuba, hijo de un vasco que se instaló en la Isla, donde tuvo propiedades y un ingenio azucarero. Su madre fue Juana Whitney, hija del cónsul inglés en París. Debido a problemas familiares Maeztu viajó a Cuba, donde hizo sus estudios primarios y regresó a París sin terminar sus estudios secundarios.

En 1891 volvió a Cuba y estuvo fugazmente en Nueva York, donde recibió una impresión de la potente realidad norteamericana, que tendrá gran influencia en la formación de sus ideas. Vivió en la Isla hasta 1893 y trabajó en las propiedades azucareras de su padre, donde a diferencia de los intelectuales de su grupo hizo una dura experiencia del trabajo obrero que impresionó su sensibilidad y lo puso en condiciones de comprender los reclamos sociales que surgían en esa época. También amplió su visión directa de Iberoamérica a través de los viajes que hizo entonces por Centroamérica.

En 1894 regresó a Vitoria y en Bilbao se inició como periodista. Con una gran vocación intelectual, se formó en la filosofía de Nietzsche, cuya doctrina del "superhombre" y de la afirmación personal fue la levadura de su propia condición polémica. También leyó a Carlos Marx y a Kropotkin, y los integró al positivismo de Herbert Spencer y al programa político y social del Regeneracionismo de Joaquín Costa. Entre sus abundantes y desordenadas lecturas también estuvieron los románticos españoles, Galdós, Pereda, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Campoamor, Echegaray, Castelar, Pi y Margall y Menéndez Pelayo, junto a Tolstoi, Ibsen y Ruskin.

En 1895 se instaló en Madrid, donde hizo una vida intelectual junto a Pío Baroja, Azorín y otros jóvenes como Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Antonio y Manuel Machado, todos los cuales serían integrados en la que Azorín llamó, precisamente, la Generación del 98, denominación que, como ya dijimos, es imprecisa y confunde sus rasgos comunes y diferenciales.

Maeztu, si bien estuvo próximo a los miembros más conspicuos de la Generación del 98, no se consideró a sí mismo como integrante de la misma y aun negó su existencia. Pero participó del espíritu "regeneracionista" inspirado en Joaquín Costa. Frente a la decadencia política detenida en el caciquismo mezquino y en la resignación satisfecha, cuando la obra de Galdós, Pereda, Valera, la Pardo Bazán, Clarín y, sobre todo, Marcelino Menéndez Pelayo, no lograban configurar una empresa común, Joaquín Costa lanzó su programa de "escuela y despensa", es decir, de educar y desarrollar económicamente a España.

Entre los escritores de entonces primaba la vocación estética, pero Maeztu y Azorín, en ese primer momento de su evolución, tenían una preocupación moral y aun política. Cuando en 1897 llegaron a Madrid, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Azorín lanzaron un programa de renovación social, política, económica y cultural. El Grupo de los Tres (Maeztu, Azorín y Baroja) publicó un manifiesto que decía: "La juventud intelectual tiene el deber de dedicar sus energías, haciendo abstracción de todo, a una acción social fecunda, de resultados prácticos".

Con estas ideas Maeztu se inició en el periodismo, oficio en el cual seguiría toda su vida. Fue periodista de ideas, comentarista, polemista y divulgador de una misión moral y patriótica, para resaturar en España sus valores más permanentes y eficaces e impul-

sar el progreso en todos los órdenes de la vida. Es decir, tenía una vocación política y social muy marcada.

Frente al temperamento anárquico y rebelde de los “noventa-yochistas” —como se los ha llamado— que, en medio de una preocupación estetizante y contradictoria, aspiraron a superar los vicios y defectos nacionales, Maeztu escapó del escepticismo, la amargura y el encono contra la España que aquéllos consideraban en una decadencia irremediable. Para Maeztu, lo fundamental era saltar hacia adelante, en una afirmación progresista que superara los vicios y defectos nacionales.

España debía curarse material y moralmente y avanzar más allá del anarquismo romántico, de los sueños nietzscheanos y de las polémicas en que se había trabado con media España. Había que renovar aquel país de “charanga y pandereta”, como escribiría Antonio Machado, denunciado por Joaquín Costa y Benito Pérez Galdós.

Maeztu planteó su misión literaria como una actividad práctica. Rechazó lo que entonces se llamó “literatura pura” y concibió el oficio de escritor como una vocación de servicio a su patria con un fuerte sentido de la realidad y un patriotismo que lo impulsaba a una indeclinable responsabilidad con el destino de España.

Como muchos de sus amigos, pagó tributo a su tiempo y en 1897 se declaró socialista sin una definición doctrinaria y en una línea crítica anticlerical, antitradicionalista, anticonservadora y anti-separatista, además de defensora de la unidad nacional. Contra la injusticia social y en defensa de los obreros, afirmó que el socialismo heredaría el capitalismo y reclamó el desarrollo industrial, el saneamiento de las finanzas públicas, la reforma agraria y la reducción de los fondos que se entregaban al ejército, a la marina, al clero y a la magistratura. Conocía a Marx y la interpretación de la historia desde la dialéctica de la economía, pero en una tendencia reformista y revisionista preconizó, como tarea de la élite intelectual, la creación del ideal colectivo de las masas. Sus ensayos sobre la reforma social y moral de España llamaron la atención de José Ortega y Gasset y de Rubén Darío, que hacía crónicas de la vida española.

Cuando estalló la rebelión independentista cubana, Maeztu, valido de su experiencia personal, terció en los debates y en 1896 publicó un artículo en favor de los rebeldes. Contra las guerras coloniales, Maeztu denunció la lucha entre los comerciantes españoles y los obreros y hacendados criollos y afirmó que una independencia sin reformas sociales sería tan inútil como la autonomía

que proponían los liberales cubanos y españoles. Fue la posición del Partido Socialista en España durante 1896 y 1897: consideraba la guerra de Cuba sólo un conflicto entre capitalistas pero, como se sentía responsable de sus deberes nacionales, aceptó el servicio militar cuando estalló la guerra contra Estados Unidos, siendo reclutado y movilizado a la guarnición de Mallorca.

En 1899 apareció su primer libro, *Hacia otra España* que, como la mayoría de los volúmenes de la obra de Maeztu, estaba compuesto por artículos que había escrito por esos años, bajo el signo de las ideas y las preocupaciones indicadas. En 1901 retomó su campaña anticlerical por razones ideológicas; aceptó la lucha de clases pero rechazó, en nombre de la justicia y la libertad, la propiedad colectivizada preconizada por los marxistas. Esa misma posición la mantuvo en 1904 cuando criticó a los anarquistas, pero también a la burguesía por carecer de la fuerza productiva para crear trabajo a los obreros, pues proponía un *individualismo productivo*, en el cual estaba el germen de su idea de la función creadora del dinero que se desarrollaría años más tarde. Del mismo modo, defendió siempre la idea de la *unidad nacional* que mantuvo contra los separatismos a lo largo de toda su vida y su obra se mantuvo en una posición antiseparatista.

La residencia en Londres

EN 1905 Maeztu viajó a Londres como periodista de la *Correspondencia de España* y en aquella ciudad también ejerció la corresponsalía de *La Prensa* de Buenos Aires, diario en el cual ya había colaborado anteriormente. Esta residencia en Londres influyó decisivamente en su pensamiento, sobre todo en lo que se refería a la convergencia de su voluntad de progreso con la idea de tradición. En Inglaterra aprendió Maeztu que el equilibrio armónico de sus fuerzas sociales era el resultado de que jamás se olvidaba el pasado, cuyas lecciones estaban siempre presentes para delinear el ideal de progreso.

El sentido común y el pragmatismo británico lo ayudaron, pues, en su evolución intelectual y en la moderación de los impulsos juveniles, los cuales tomaron un sesgo ideológico nuevo: el de un liberalismo renovado donde se armonizaban la libertad y el orden, crucial en todo pensamiento político. Al mismo tiempo valorizaba una idea nueva del sindicalismo, basado en el *guildismo* inglés.

Estas ideas de Maeztu, si bien no mantuvieron posteriormente la importancia que él les concedía en aquel entonces, dieron lugar al libro que apareció en inglés como *Autoridad, libertad y función a la luz de la guerra*, en 1916, reeditada en 1919 en castellano como *La crisis del humanismo*.

En algunos países de Europa, afirmaba Maeztu, se había logrado el orden social y político y un adelanto económico y cultural que faltaba en España. Ese equilibrio armónico, esa convivencia civilizada debía ser conquistada si se quería superar el aislamiento chino e incorporarse a las naciones superiores. Maeztu preconizaba una "europeización de España" que no significaba una desnaturalización de lo hispánico ni se basaba en el complejo de inferioridad que, entonces como ahora, aqueja a muchos españoles, ansiosos de vivir su realidad a la manera de Inglaterra, Alemania o Francia, pero era el horizonte de un progreso alcanzado mediante la coexistencia civilizada en el orden y en el trabajo.

En 1911 pasó una temporada en Alemania, y en Marburgo —cuna del neokantismo— siguió regularmente los cursos de Herman Cohen y Nicolai Hartman. Allí se encontró con Ortega y Gasset, su amigo de los años juveniles que consideraba por entonces a Don Ramiro como su "hermano mayor", y a quien dedicaría en 1914 "con gesto fraternal" su libro *Meditaciones del Quijote*; se distanciaría años más tarde de él, no sin declarar, en un brindis de 1910, que le debía a Maeztu nada menos que su inclinación hacia los estudios de filosofía.

*De España
a Estados Unidos*

CUANDO Maeztu regresó a España en 1919, la encontró en una conmoción social que evidenciaba su fracaso político. Pero sus ideas y él mismo habían cambiado profundamente: había vuelto al catolicismo y, en la corriente ideológica que primaba en Europa después de la Guerra Mundial, viró hacia posiciones autoritarias y tradicionalistas, desde los autores del pensamiento político del Siglo de Oro español hasta Oswald Spengler y Charles Maurras. Sin que podamos detenernos ahora en los matices y rasgos de su nueva actitud, es importante señalar el cambio que experimentó su visión de la burguesía, a la cual había condenado por su incapacidad para solucionar los problemas españoles, pero a la cual, ahora,

veía como la base del proceso de modernización y progreso material necesario para sacar a España de su marasmo.

En estas circunstancias, apareció otro de los núcleos centrales de su pensamiento: el tema de Norteamérica, dentro del cual cabe examinar su nueva visión del poder y, sobre todo, de la riqueza y el dinero que forman su base material. La obra de Max Weber sobre la influencia del protestantismo en el surgimiento del espíritu capitalista estaba en su hora de mayor prestigio, y muchos otros autores impulsaban una renovación profunda en la consideración de éste y otros temas análogos. A la luz de estas ideas Maeztu comprendió por qué los anglosajones habían descubierto que sin el cumplimiento de los deberes mundanos —política, economía— no hay salvación posible para el alma. Ambos mundos deben tener una conexión sustancial.

En esta coyuntura biográfica y a raíz de su creciente prestigio literario —había publicado en 1925 su libro *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*— fue invitado a los Estados Unidos para dictar conferencias en uno de los centros más prestigiosos del hispanismo norteamericano: el Middlebury College, situado en Vermont, durante los meses de junio y julio de 1926. En esa experiencia le impresionó el molde sólido forjado por los primeros norteamericanos para encauzar la avalancha de inmigrantes, de origen racial y social heterogéneo.

Los nuevos norteamericanos imitaban a los antiguos, por donde se adivinaba que había un elemento tradicional en la sociedad norteamericana, que no se sospecharía en una comunidad moderna, y un Estado central aglutinaba toda la nación con un sentido religioso de la cultura y la política. Las magníficas universidades, por ejemplo, eran el fruto de la confianza en la eficacia de las instituciones dedicadas al mejoramiento del hombre. Pero esta confianza, que tiene un objeto mundano es, en última instancia, de origen religioso. Esfuerzo terrenal y esperanza trascendente: la donación de dinero como un símbolo de la realización humana.

Otra de sus conclusiones se refería a la diferencia que hay entre la gente que, en España y en los Estados Unidos, se ocupa de las cosas materiales. Mientras que los hispánicos que se dedicaban a los negocios sólo eran espíritus ávidos de ganancias, desprovistos de cualquier otro interés superior, en los Estados Unidos abundaban los hombres de calidad que no encontraban deleznable entregarse a ocupaciones que, en Hispanoamérica, se consideran indignas. Aunque también era verdad que la necesidad de con-

quistar una realidad vasta y rebelde había lanzado a la lucha por lo material a los mejores, quienes de ese modo se alejaban de las Universidades y de las tareas del espíritu. Algo de esto había en el descrédito del "intelectual" en los Estados Unidos.

La importancia de las cosas materiales se traslucía, también, en la valoración del ideal democrático, con su culto de la dicha material y el igualitarismo, al cual se oponía el ideal que Maeztu llamaba republicano, encarnado en la actitud superior, aristocrática, de los intelectuales de Nueva Inglaterra. La democracia tendía a nivelar por lo mediocre, y sus consecuencias eran negativas en el orden de la cultura. Pero indudablemente también había hecho desaparecer peligros como el de la lucha de clases. Asimismo, la fuerza creciente y amenazadora de su potencialidad parecería equilibrarse, en parte, con la desconfianza norteamericana en el poder estatal centralizado.

Advirtió Maeztu que los Estados Unidos eran el escenario de una lucha entre aquella concepción democrática originada en la frontera del Oeste, y la corriente del Medio Oeste, que pugnaba por adaptar la democracia a la vida industrial y económica, una forma de vida social y política que implicaba la restricción de las libertades nacidas al aire libre y salvaje de la frontera. Quedaba en pie, sin embargo, la concepción democrática y un espíritu que conservaba la vivencia de la conquista.

La ambición de horizontes siempre abiertos confería a la democracia norteamericana un mesianismo notable. Los norteamericanos creían que les pertenecía el infinito de la tierra, y así como la libertad era el infinito para el individuo y la democracia era el infinito para la sociedad, el imperialismo era el infinito para los Estados Unidos. Por ello Maeztu insistió en la necesidad de que los hispanoamericanos conocieran bien a los Estados Unidos, que son el pueblo más rico y poderoso de la tierra, y que quienes lo ignoraban no conocían la naturaleza del poder y de la riqueza y no sospechaban la gravedad de esta ignorancia.

Era injusto limitarse a la crítica del utilitarismo norteamericano, mientras que lo importante era el concepto de *servicio social*, el cual había hecho posible un ejercicio de la libertad que equilibraba un impulso que podía volverse avasallador y brutal. Maeztu subrayaba la primacía otorgada a los deberes sociales que atemperaban y condicionaban la exigencia de la libertad. Esta observación era esencial para considerar la actividad económica inseparable de la política. Si no se la reconocía en su dignidad pro-

pia era fatal que se empobreciera y se debilitara, lo cual conllevaba el decaimiento de la sociedad donde funcionaba.

Maeztu advirtió muchos problemas de la vida norteamericana, tales como el despoblamiento del campo, el crecimiento desmesurado de las ciudades, la debilidad del ideal teológico y la amenaza de una sociedad cada vez más exigente y compleja para mantener la firmeza de los lazos familiares. Pero su progreso ya no se detenía porque el impulso inicial había sido formidable y era urgente que los pueblos hispánicos prestaran atención al espíritu descubridor, creador, pionero, organizador, de los Estados Unidos.

El sentido reverencial del dinero

UNO de los temas que más interesó a Maeztu en esta consideración de los Estados Unidos, y siempre en relación con su filosofía del poder político, fue el del dinero. La riqueza era índice de una capacidad para aprovechar la materia y la organización racional del trabajo para apoderarse y dominar la Naturaleza, era una de las claves del poder norteamericano. El dinero surge de una actividad productora que le confiere a la riqueza una dignidad superior que está ausente de los países hispánicos, donde el dinero es algo que se persigue con ánimo pecaminoso y conciencia de culpa. En Norteamérica la relación entre la vida moral y la vida económica explica la famosa “superioridad de los anglosajones”.

Al considerar el proceso de emancipación política en los Estados Unidos y en Hispanoamérica, Maeztu hallaba que en el Norte apareció, desde el primer momento, el motivo económico de la empresa política. Entre nosotros, por el contrario, primaron las razones políticas: “El Norte pelea por el poder del dinero; el Sur, por el dinero del poder”, decía en una frase que encierra un profundo sentido psicológico y político. Para superar el resentimiento que implicaba la descalificación de los Estados Unidos por ser el *país del dólar*, Maeztu acuñó el concepto del *sentido reverencial del dinero* y lo analizó en un artículo del mismo título publicado en el *ABC*, de Madrid, en 1933, aunque alude a él directa e indirectamente en muchísimos textos más de su vastísima obra.

A Maeztu le parecía deleznable criticar el poderío norteamericano con invocaciones al aparente desprendimiento de los bienes terrenales que se suponía en otros pueblos. Todos los que buscaban la riqueza estaban también animados por la codicia, pero la diferencia con los norteamericanos era que éstos ponían en su con-

quista una intensidad y una tenacidad que, en sí mismas, eran valores espirituales y, por lo tanto, se transmitían al uso de la riqueza.

El capitalismo norteamericano es expansivo y amenaza, lógicamente, con extenderse a otros países. Pero éstos no podrían defenderse si no afrontaban la tarea de fortalecerse en el orden económico y político. La lección de Maeztu es, en éste como en otros puntos, de una actualidad evidente: “La mejor defensa contra el imperialismo económico de un pueblo políticamente tan poderoso como los Estados Unidos consiste en el fortalecimiento económico de los pueblos amenazados”.

o obstante advertir las deficiencias de Hispanoamérica, Maeztu tenía una gran confianza en el porvenir de nuestras tierras; optimismo que, sin embargo, no debía llevarnos a descuidar la edificación del futuro. El cambio en la mentalidad hispánica era esencial, pues permitía la ulterior transformación económica.

Maeztu pedía un ascetismo del dinero, si se admite la paradoja. Si el dinero se volcaba en la producción de mayores bienes se acabaría la cuestión social, y este sentido superior transformaba y elevaba el ideal norteamericano a un nivel superior al crudo materialismo. El dinero no se buscaba solamente por los placeres y goces que el mismo podía proporcionar, sino porque su poder era, en verdad, espiritual.

Apenas aparecieron sus artículos en la prensa de España y de América, surgieron críticas adversas de de una gran cantidad de lectores. Para algunos intelectuales las ideas de Maeztu chocaban con el esteticismo y el individualismo exacerbado que los definía, para los católicos porque eran ideas protestantes y, en general, porque eran opuestas a la descalificación del dinero y su poder social, tradicional en España. Contra todos ellos Maeztu sostuvo que entre los vascos, los catalanes y aun los valencianos existía el mismo espíritu que los había hecho más progresivos que el resto de los españoles. En Francia y en Bélgica —países no protestantes— también se daba el mismo concepto del dinero.

Maeztu iba más lejos: en la misma doctrina católica encontraba que la materia estaba animada por el alma y la resurrección de la carne equivalía al reconocimiento de la inmortalidad de la materia. Su gran anhelo era conciliar el ideal mundano con el ultramundano, y el *sentido reverencial del dinero* era la fórmula que definía dicho sentido espiritual. También era espiritual la unidad del cuerpo con el alma.

Otra lección importante que deducía de estas ideas se refería al sentido del *socialismo*, cuyos programas habían sido incapaces de dar a los obreros todos los beneficios que resultaban, como de una cooperación en favor de la mayor producción de bienes. La lucha de clases, por otra parte, ahuyenta al capital de la industria y debe intervenir el Estado con riesgo de la libertad. Había que persuadir a patronos y obreros de la necesidad de aumentar los factores de la producción, disminuyendo la mano de obra mediante la aplicación del utillaje industrial moderno.

El *sentido reverencial del dinero* y la insistencia en que los pueblos hispánicos cambiaran de actitud en materia de economía, finanzas y comercio, agricultura e industria, fue un intento de darle un sentido moral al ejercicio del poder, tema que reaparece de continuo en sus escritos. Es un misterio, en sí mismo, pero el hombre debe buscar que armonice con el saber y el amor. Enemigo del maniqueísmo que rechaza la materia corrompida y corruptora, Maeztu afirmaba un sentido espiritual del factor económico para evitar que dominara indebidamente las demás actividades humanas.

El poder es algo superior que supone en el pueblo que lo alcanza voluntad y perseverancia singulares, y cuando se logra dominando a la naturaleza y no a otros hombres reviste una dignidad cultural y moral, porque es una cantera inagotable de bienes y recursos. El poder resulta de la aplicación del ingenio, la inventiva y la organización del trabajo productivo está penetrado de un esencial sentido ético. Sin embargo éstas y otras ideas hallarán su coronación en una visión de la religión, la cultura y la política engarzada en la historia de Hispanoamérica que encuentra su formulación cabal hacia el final de su vida y en su obra de madurez: *Defensa de la Hispanidad* (1934). Dos años después, en 1936, murió fusilado en Madrid al comenzar la Guerra Civil.

Maeztu advirtió que muchos de los problemas de los Estados Unidos guardaban una estrecha relación con los de Hispanoamérica, y en general con los de todos los países de Occidente. Su imponente presencia en los asuntos internacionales contemporáneos, así como el hecho de constituir el campo insoslayable para las experiencias sociales y políticas de nuestro tiempo, hacían de los Estados Unidos un tema de preocupación inevitable para el hombre actual. Su teoría del *sentido reverencial del dinero* y su vinculación con el problema del poder político mantienen, pues, toda su relevancia en la hora presente, cuando es imperativo vincular toda

re lección sobre la realidad social y política actual con la presencia de Estados Unidos.

BIBLIOGRAFIA

- Acedo Castilla, José F., "Maeztu desde el 98", *Razón Española*, 91 (sept.-oct. de 1998), pp. 160-178.
- Balfour, Sebastián, *El fin del Imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997.
- Bancroft, R., "América en la obra de Maeztu", *Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), xiiii (1947), pp. 236-248.
- Cacho Viú, Vicente, *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Calvo Carilla, José Luis, *La cara oculta del 98, místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Cayuela Fernández, José G., coord., *Un siglo de España centenario 1898-1998*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1998.
- El 98 iberoamericano*, Madrid, Pablo Iglesias, 1998.
- Fernández de la Mora, Gonzalo, "Lo vivo y lo muerto del 98", *Razón Española* (Madrid), 90 (jul.-ag. de 1998), pp. 25-36.
- Fox, E. Inman, *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Edicusa, 1976.
- , *Ideología y política en las letras del fin de siglo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.
- , "La generación de 1898' como concepto historiográfico", en John P. Gabriele, ed., *Divergencias y unidad perspectivas sobre la generación del 98 y Antonio Machado*, Madrid, Orígenes, 1990.
- , *La invención de España, nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Fraga Iribarne, Manuel, *Ramiro de Maeztu en Londres*, Madrid, Cultura Hispánica, 1976.
- Fusi, Juan Pablo y Antonio Niño, eds., *Visperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Gómez de Aranda, Luis, *Maeztu y el sindicalismo*, Madrid, Estudios sindicales, 1974.
- González Cuevas, Pedro Carlos, "Nacionalismo y 'modernización' en la obra del 'primer' Maeztu (1897-1904)", *Hispania* (Madrid), 184 (mayo-agosto de 1993), pp. 557-615.
- , *Acción española; teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.

- Jeschke, Hans, *La generación de 1898 (ensayo de una determinación de su esencia)*, 2a ed., trad. cast., prólogo de Gonzalo Fernández de la Mora Madrid, Nacional, 1954
- Lago Carballo, Antonio, "Visión y misión de América en Maeztu", en *América en la conciencia española de nuestro tiempo*, pról. de Pedro Lain Entralgo, Madrid, Trotta, 1997, pp. 36-41
- Lain Entralgo, Pedro y Carlos Eco Errano, *España en 1898, las claves del desastre*, Madrid, Círculo de lectores, 1998.
- , *La generación del 98*, Madrid, Artes Gráficas Diana, 1945.
- Maeztu, Ramiro de, *El sentido reverencial del dinero*, en *Obras completas*, xv, Madrid, Nacional, 1957.
- , *Norteamérica por dentro*, en *Obras completas*, xvi, Madrid, Nacional, 1957
- , *Autobiografía*, en *Obras completas*, i, Madrid, Nacional, 1962.
- , *Hacia otra España*, introd. de Javier Varela, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Mainer, José-Carlos y Jordi Gracia, eds., *En el 98 (los nuevos escritores)*, Madrid, Visor, 1997
- Marrero, Vicente, *Maeztu*, Madrid, Rialp, 1955.
- Mateos y de Cabo, Oscar Ignacio, *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa, 98 y proyecto de modernización de España*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.
- Moral Ruiz, Carmen del, *El 98*, Madrid, Acento, 1998.
- Morón Arroyo, Ciriaco, *El "alma de España", cien años de inseguridad*, Madrid, Nobel, 1996.
- Muñoz-Alonso López, Agustín, *Antología de la Generación del 98*, Madrid, Santillana, 1997.
- Nozick, M., "An examination of Ramiro de Maeztu", *PMLA*, LXIX (1954), pp. 719-740.
- Pan-Montojo, Juan, coord., *Más se perdió en Cuba, España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998.
- Pérez de la Dehesa, R., *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1988
- Suárez, Federico, "Maeztu y los del 98", *Razón Española* (Madrid), 90 (jul.-agosto), 1998, pp. 37-52.
- Trajiello, Andrés, *Los nietos del Cid, la nueva Edad de Oro de la literatura española (1898-1914)*, Madrid, Planeta, 1997.
- Velarde Fuentes, Juan, *Perspectivas del 98; un siglo después*, Madrid, Junta de Castilla y León, 1997.
- Zuleta Álvarez, Enrique, "América en el pensamiento de Maeztu", *Atlántida* (Madrid), 14 (mar.-abr. de 1965), pp. 162-180.
- , "Tradición y renovación en el pensamiento de Ramiro de Maeztu", *Boletín de Ciencias Políticas y Sociales* (Mendoza), 20 (1977), pp. 11-36.